

EL ERIZO CON MANERAS DE ZORRO

ELENA GARCÍA GUITIÁN(1)

Además de sus discípulos y colegas más cercanos, fuimos muchos los que realizamos el peregrinaje a New Haven para conocer al maestro. El viaje desde Boston en el autobús de la Greyhound, atravesando los bosques multicolores, con parada extravagante en casinos aparecidos de la nada, terminaba con una calurosa acogida y una estupenda conversación sobre los temas políticos de actualidad. Y el resultado compensaba con creces las horas del viaje de ida y vuelta.

¿Qué es lo que hace que solo unos pocos entre muchos ilustres académicos adquieran esa condición de maestro? No es la invención de un término o una etiqueta que multiplica las citas y referencias; tampoco la mera acumulación de información, sea ésta estadística o enciclopédica. Los maestros son aquellos que realmente consiguen dejar su impronta en el vocabulario que nos sirve para pensar sobre las cuestiones centrales, porque, además de ofrecer una perspectiva nueva para abordarlas, convencen a los demás para que la adopten y logran que se generalicen.

Linz consiguió convertirse en referencia obligada en muchos de los grandes temas de la teoría democrática. Ya han sido destacados por sus discípulos en otras páginas: entre otros, la distinción entre regímenes parlamentarios y presidencialistas; la tipología de los regímenes políticos, especialmente su inicialmente controvertida distinción entre autoritarios y totalitarios, o el modelo sobre la quiebra de las democracias. Sin embargo, lo que verdaderamente proporciona un carácter diferente a su inabarcable producción académica

(1) Profesora Titular de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.

mica es la manera en la que aborda cada uno de esos temas, desde una mirada comprensiva en la que la cuestión de fondo es una preocupación por definir los principales rasgos de la democracia, entender su funcionamiento y prevenir sus crisis.

Si recurrimos a la ya quizás un tanto desvirtuada tipología de Isaiah Berlin, que agrupa a los pensadores en tipo *erizo* y tipo *zorro*, podemos afirmar que, pese a toda su curiosidad intelectual y a la profusión de temas tratados en su producción académica, muchos de ellos referidos a cuestiones específicas, Linz debería incluirse entre los primeros, los erizos. Berlin definía a estos pensadores como los que «relacionan todo con una única visión central, un sistema más o menos congruente o consistente, en función del cual comprenden, piensan y sienten —un único principio universal, organizador, que por sí solo da significado a todo lo que son y dicen» (2). Mientras que los segundos serían los que «persiguen muchos fines, a menudo inconexos y hasta contradictorios. (...) Su pensamiento es desparramado o difuso, ocupa muchos planos a la vez, aprehende la esencia misma de una vasta variedad de experiencias y objetos por lo que estos tienen de propio, sin pretender, consciente o inconscientemente, integrarlos— o no integrarlos en una única visión interna, inmutable, globalizadora (...)» (3).

Dejando de lado los excesos de esta dicotomía, creo que la lógica que da coherencia al trabajo de Linz, la que está detrás de su manera de abordar sus diferentes estudios y de presentar la mayoría de sus argumentos, surge del impacto de la quiebra de las democracias en el periodo de entreguerras del siglo pasado. Su preocupación por entender lo sucedido, por identificar las tensiones irresolubles que coexisten en el seno de las democracias, y su empeño en defenderlas frente a demandas excesivas o irrealizables que pueden finalmente ponerlas en peligro, es el nexo conductor de una obra que, por otro lado, muestra una extraordinaria variedad de intereses.

Esta empresa es la que impulsa su monumental investigación. Para comprender por qué unas democracias en crisis caen y otras consiguen sobrevivir es necesario conocer los factores políticos, sociales, económicos y culturales que las caracterizan y condicionan. Pero también el proceso histórico-político concreto en el que se encuentran y el liderazgo del que disponen. Este enfoque tan amplio es el que orienta sus análisis de los sistemas democráticos, intentando siempre proyectar la información extraída, por más específica que fuera, a la resolución de las grandes preguntas sobre la democracia: el rol de los partidos políticos y el tipo de liderazgo; las conexiones entre

(2) Isaiah BERLIN, *El erizo y el zorro* (Madrid: Muchnik Editores, 1982), p. 39.

(3) BERLIN, *El erizo y el zorro*, p. 40.

legitimidad democrática y legitimidad del sistema económico; la forma en que las diferentes instituciones determinan la calidad de la democracia; la importancia de una determinada cultura política o las tensiones entre la lógica democrática y la del nacionalismo. Y las respuestas a estas preguntas, a su vez, se integran en una reflexión general, en la que cada elemento se conecta con los demás.

Esta visión integral es la que hace hoy aún más atractivo su trabajo. Con el tiempo, el interés por las cifras y estadísticas que describen una época disminuye, pero la perspectiva integradora que ayuda a conformarla puede ser útil no sólo para comprender mejor el pasado, sino para pensar en el presente y en el futuro más próximo. Algunos de los ensayos de Linz recogen de forma global su preocupación por la evolución de las democracias y su calidad, e intentan advertir sobre las implicaciones de ciertas derivas como, por ejemplo, la impulsada por la primacía de la responsividad sobre la responsabilidad; la erosión del pluralismo institucional; la falta de liderazgo competente y el debilitamiento de unos partidos políticos en trance de ser sustituidos por líderes populistas. Las transformaciones son inevitables, pero la experiencia y el conocimiento nos pueden ayudar a entender mejor esos cambios y a definir los criterios más idóneos para abordarlos, que no son necesariamente siempre los más populares.

Estos ensayos más genéricos, sin embargo, no son el resultado de puntos de vista generales sobre las diferentes cuestiones. Se construyen desde el conocimiento científico adquirido a través de los estudios específicos que aplican la teoría al análisis de las distintas realidades y la revisan en función de sus resultados. De ahí el interés de contar con la acertada selección de sus principales obras, recientemente terminadas de publicar por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (4), que facilitan el paso del detalle de cada uno de los temas a la reflexión general, lo que en el caso de Linz nos permite apreciar que su evidente carácter de erizo está indisolublemente vinculado a sus maneras de zorro.

Pero es de su reflexión general de la que precisamente hoy puede extraerse una información preciosa para pensar en la orientación de las reformas y transformaciones necesarias que terminen robusteciendo nuestras democracias, evitando las ocurrencias y las propuestas fragmentadas que poco van a aportar a su mejora y también, por qué no, a su conservación. Inmersos en una crisis económica como la actual, quienes lanzan mensajes alarmistas que certifican la imparable crisis de legitimidad de las democracias, tanto

(4) Juan J. LINZ, *Obras Escogidas*, editadas por José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008-2013), siete volúmenes.

por su agotamiento institucional como por su sumisión al sistema capitalista, deberían tener en cuenta estas enseñanzas. La imagen demasiado vívida de las tensiones inherentes a cualquier sistema democrático, así como las frustraciones generadas por su convivencia con un sistema económico que resalta sus muchas limitaciones, propicia sin duda la sensación generalizada de crisis democrática. Pero como señalaba Linz, las crisis no llevan necesariamente a la quiebra de las democracias. En este sentido, su trabajo puede considerarse una búsqueda para entender qué factores y causas permiten que unas democracias puedan mantenerse en las situaciones más difíciles, mientras que otras acaben quebrando.

El propio Linz tuvo la oportunidad de escribir sus reflexiones generales sobre lo que está sucediendo, como testigo directo del tremendo impacto que la crisis económica generaba en nuestras democracias (5). Insistía en las debilidades de lo que denominaba «la ideología pandemocrática», desarrollada en el contexto del declive de las ideologías, que presupone que la democracia siempre produce buenos resultados y garantiza todas las libertades, por lo que todas las instituciones de la sociedad deberían democratizarse. Frente a visiones simplistas, volvía una y otra vez a enfatizar que las tres dimensiones constitutivas de la democracia representativa (la responsividad, la responsabilidad y la rendición de cuentas) se hallan en tensión, y que centrarse sólo en una de ellas, dejando las otras a un lado, puede ser un error fatal. En este sentido, lo que le reprocha a gran parte de la teoría democrática contemporánea es haberse preocupado mayoritariamente por el *demos* desde el análisis de la responsividad y la capacidad de respuesta de los gobernantes a las demandas ciudadanas, descuidando la reflexión sobre el *cratos*, la calidad de los procesos de toma de decisiones y el liderazgo (6). Consideraba que ello se debía a la facilidad de los académicos para contar con gran cantidad de datos obtenidos de indicadores simples para medir esa responsividad, en contraste con la dificultad existente para analizar los temas relativos a la responsabilidad. Sin embargo, también viene propiciado por la asunción generalizada de una visión que idealiza al ciudadano y demoniza a los políticos, que se centra en la participación y que deja de lado la calidad de la representación.

(5) Juan J. LINZ, «Algunas reflexiones precautorias y no ortodoxas sobre la democracia hoy», en esta *Revista*. Este artículo apareció originalmente como «Cautionary and Unorthodox Thoughts about Democracy Today», en Douglas Chalmers y Scott Mainwaring, eds., *Problems Confronting Contemporary Democracies. Essays in Honor of Alfred Stepan* (Bloomington: University of Notre Dame Press, 2012), pp. 227-251.

(6) LINZ, «Algunas reflexiones precautorias y no ortodoxas sobre la democracia hoy», pp. 20-24.

Frente a ello, Linz insiste en la necesidad de incorporar el análisis de la responsabilidad porque, como escribe,

«cuando la “verdadera” democracia funciona mejor, exceptuando, quizá, los periodos de elecciones, se basa en la actuación “responsable” de los mandatarios elegidos. Estos tienen que saber responder con sensibilidad, no a una difusa opinión pública, sino a condiciones y problemas cambiantes. Tienen que saber cambiar en consecuencia y explicar esos problemas al electorado y convencerlo de la necesidad de políticas específicas, basadas en hechos más que en emociones y compromisos ideológicos (o retóricos).» (7)

Linz coincide en estas apreciaciones con los principales teóricos de la representación, desde Hanna Pitkin a Giovanni Sartori, y hoy en día con autores como Mark Warren, Nadia Urbinati o Jane Mansbridge, en situar la relación representativa como pilar de nuestras democracias, diferenciando sus distintas dimensiones y advirtiendo sobre sus potenciales colisiones. Los responsables políticos deben ser receptivos y tener en cuenta las demandas del electorado en sus decisiones, pero a la vez deben ser responsables, contribuyendo a articular esas demandas, a matizarlas y también a justificar las decisiones resultantes apelando al interés general. Cuando las decisiones se alejan demasiado de unas demandas bien articuladas y expresadas, la obligación del representante es dar explicaciones y tratar de convencer de su necesidad (liderar). Sin embargo, cuando la brecha se hace demasiado grande, la democracia muestra una de sus ventajas respecto a otras formas de gobierno por su carácter *pro tempore*: siempre hay posibilidad de cambiar a los que gobiernan y de revisar las decisiones adoptadas.

Linz retomaba así las conclusiones iniciales obtenidas de sus investigaciones sobre las quiebras de la democracia, que concedían una cierta autonomía a la política frente a condicionantes económicos, sociales y culturales, y que destacaban el papel que juegan instituciones e individuos específicos en su funcionamiento.

En esas reflexiones últimas también insistió en otro de los problemas de las democracias. Y es que las democracias no crean ni Estados ni naciones, sino que los presuponen. Por eso le preocupaba la estabilidad de los Estados multinacionales. El volumen 2 de sus *Obras Escogidas* nos permite contemplar el detalle y la profundidad con la que ha abordado estos temas a lo largo de su carrera, y resulta esclarecedor para entender lo que hoy está sucediendo en nuestro país. Su conocimiento detallado de la realidad española, que

(7) LINZ, «Algunas reflexiones precautorias y no ortodoxas sobre la democracia hoy», p. 24.

recogió en sus numerosos trabajos sobre uso de las lenguas, identidades y preferencias independentistas, le llevó a concluir que España era el Estado multinacional más complejo de toda Europa, para el que en algún momento recomendaba una solución consociacional. Aunque una vez desarrollado consideró que el modelo autonómico podría ser una vía adecuada de acomodación, siempre fue consciente de que las tensiones separatistas que lleva en su seno no permitían un arreglo permanente.

Ya en 1973 afirmaba, por ejemplo, que

«no existe una sola solución para los complejos *impasses* gestados por la historia en la construcción del Estado y/o de la nación en España, sino soluciones cambiantes basadas en la evitación de las crisis y en un espíritu de compromiso.» (8)

Esta cuestión es una de las que más le preocupaba en sus últimas reflexiones. Sobre ella insistía en que la democracia presupone el Estado y no lo crea, así como en que la aplicación más peligrosa y distorsionada del principio democrático es defender que las demandas de independencia de un territorio deben resolverse a través de un plebiscito (9). Este tipo de consultas genera una gran fractura social, exige adoptar decisiones previas en las que se debe definir a los votantes, el grado de participación y el número de votos mínimo y, sobre todo, producen una decisión que no tiene vuelta atrás. Frente a ello, la democracia se caracteriza precisamente por ser un proceso en el que las decisiones siempre son revisables.

Plantear unas conclusiones finales sobre esta cuestión, sin embargo, no basta para reflejar la manera en la que Linz llega a ellas. Su simpatía y sensibilidad hacia el pluralismo, y el cuidado que muestra al abordar las demandas nacionalistas descartan atribuirle una posición simplista. No obstante, en este tema, como en los demás, al final predomina su convicción democrática. A pesar de partir de una definición poco idealizada de la democracia, podría decirse que Linz dedicó su obra a defenderla, advirtiendo de sus debilidades, pero convencido de que es siempre la mejor forma de gobierno. Así, y como escribía para sus colegas,

«una de las grandes cuestiones que tendremos que abordar como estudiosos de las democracias contemporáneas es cómo combinar un análisis crítico de

(8) Juan J. LINZ, *Obras Escogidas*, vol. 2, *Nación, Estado y lengua* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009), p. 73.

(9) LINZ, «Algunas reflexiones precautorias y no ortodoxas sobre la democracia hoy», pp. 40-41.

su ejercicio manteniendo a la vez el equilibrio que no impida deslegitimarlas *in toto* a la vista de fracasos flagrantes o nocivos. *Tout comprendre* no significa *tout pardonner*, pero la alternativa no es condenarlo todo. Debemos también ser cautos para no mostrarnos escépticos sobre el posible funcionamiento de mecanismos de autocorrección ya existentes o que puedan ser introducidos, entre ellos algunos cambios constitucionales, en lugar de buscar nuevas alternativas utópicas en este siglo, o soluciones *ad hoc*; después de tantas esperanzas malogradas deberíamos ser algo más que cautos. Nuestra tarea en tanto que estudiosos y demócratas dista de ser fácil.» (10)

Lo que para algunos pudiera resultar un signo inequívoco de conservadurismo, es el conocimiento resultante de una dilatada obra dedicada al estudio de las democracias que se construye desde la experiencia histórica de su quiebra.

(10) Juan J. LINZ, *Obras Escogidas*, vol. 4, *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009), p. 550.